

DOS NÚMEROS POR SEMANA.

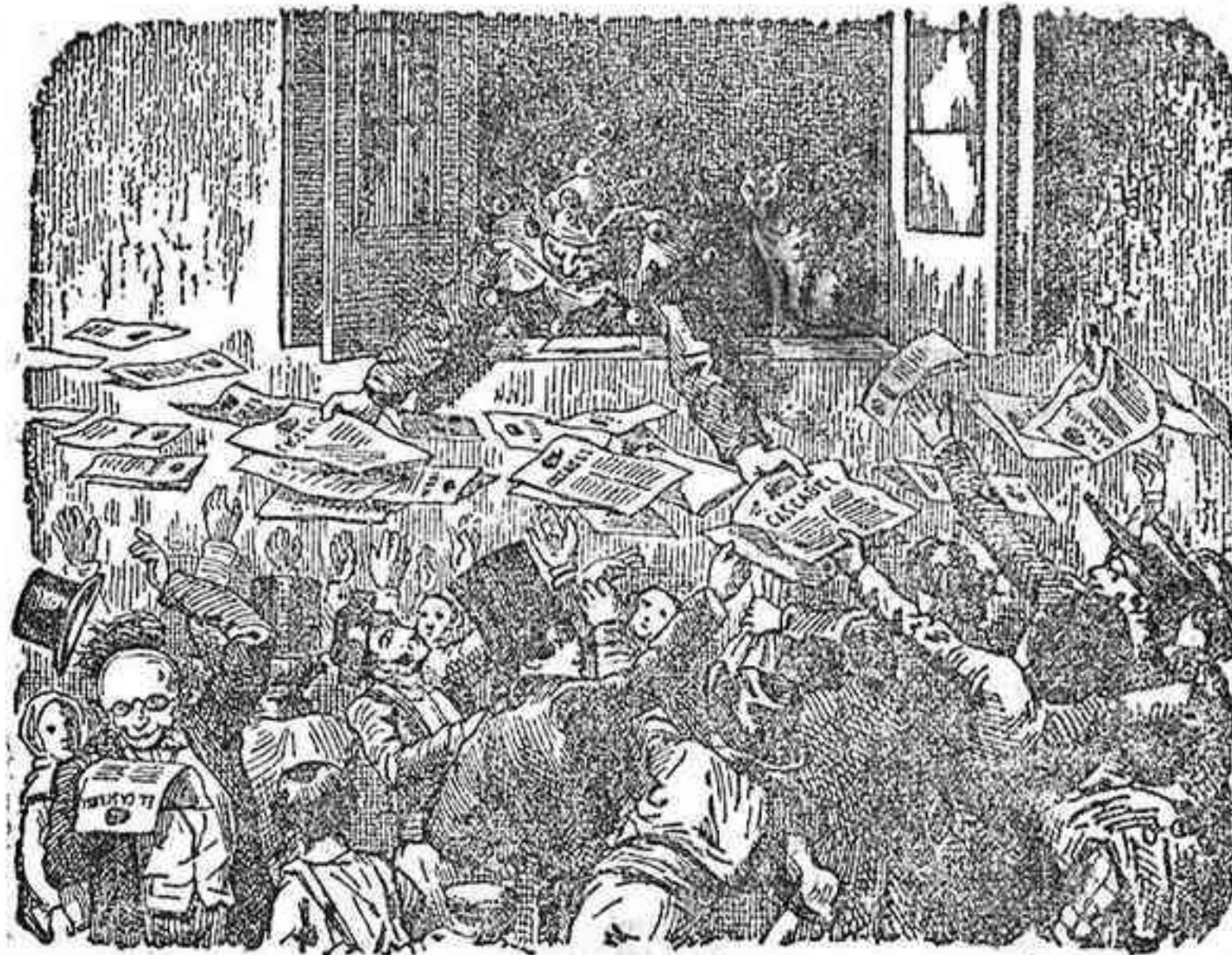
Recreo, moralidad, instrucción.

PRECIOS.

MADRID.	
Tres meses.	9 rs.
Seis id.	16 "
Un año.	30 "
PROVINCIAS.	
Tres meses.	10 rs.
Seis id.	18 "
Un año.	34 "

DIRECCION.

Calle de las Hileras, núm. 4, bajo.



REGALOS A LOS SUSCRITORES.

Literatura, ciencias y artes.

PRECIOS.

EXTRANJERO.	
Tres meses.	22 rs.
Seis id.	38 "
Un año.	74 "
Francia.—Pueden hacerse las suscripciones enviando á esta Administración el importe en sellos franceses del correo.	
Se suscribe en la Habana. Propaganda Literaria calle de la Habana, núm. 169.	
AMERICA.	
Seis meses.	33 rs.
Un año.	70 "
FILIPINAS.	
Seis meses.	60 rs.
Un año.	110 "

ADMINISTRACION.

Calle de las Hileras, núm. 4, bajo.

EL CASCABEL.

DIRECTOR PROPIETARIO D. C. FRONTAURA.

POLÍTICO Y LITERARIO.

ADMINISTRADOR D. F. PEREZAGUA

El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL, se encierran simplemente en el propósito de ponérselo al gato. Lo que fuere sonará.

UNA EXPEDICION Á ZARAGOZA.

Yo habia estado ya muchas veces en Zaragoza, unas quince ó diez y seis en cinco años, pero nunca habia yo visto lo que era Zaragoza alegre, libre, entusiasta y llena de regocijo. Tampoco me habian recibido allí nunca con formación, repique de campanas, cohetes, arcos de triunfo y aclamaciones, como me recibieron la otra tarde los aragoneses, y digo que me recibieron, porque yendo yo en la comitiva y pasando por delante de las tropas formadas y por debajo de aquellos arcos, algo me tocaba á mí de todos aquellos honores que Zaragoza hacia á la libertad, representada allí dignamente por Serrano, Topete, Martos y todos los demás convidados á la fiesta por la Junta revolucionaria de Zaragoza.

Muy ufano iba yo con otros compañeros en el coche, tomando muy satisfecho mi parte de ovacion, cuando oí voces que gritaban ¡fuera! ¡fuera! y vi que aquellas buenas gentes dirigian miradas amenazadoras á cuantos nos hallábamos en aquel coche.

—¡Santa Rita me valga! exclamé, esta gente nos grita ¡fuera! Sin duda piensa que en este coche viene la dinastía ó el ministerio de Gonzalez.

Pero no creia tal cosa; aquella gente honrada; era simplemente que nuestro coche habia llegado á la puerta de la diputacion, y ya no podia ni seguir ni retroceder, y le estorbaba á parte del público para ver á Serrano y á Topete y á Martos que hablaban al pueblo desde el balcon de aquel edificio.

Calmóse al fin la tempestad que se levantaba en torno de aquel coche, que ya veia yo vuelto del revés en un abrir y cerrar de ojos, porque alguien dijo á aquellos ciudadanos que veniamos con la comitiva, y el que no pudo ver á los oradores se contentó con oírlos, que era entonces lo mas importante.

Bien hablaron los tres por cierto, y les digo á Vds. que si se realizan todas las esperanzas, y todas las promesas que se han oido en los infinitos discursos pronunciados desde Setiembre acá por los hombres de la revolucion, España será feliz.

Y que podría serlo no tiene duda; pero los hombres tienen pasiones, la ambicion personal es insaciable, la union es una palabra muy bonita que se convierle en realidad algunas veces para hacer ver las ventajas que nos proporcionaria si fuese duradera, y que á lo mejor, por una nada, por una palabra, por un acto casi insignificante se puede romper. Espero que esta vez no se rompa.

Pues, como iba diciendo, terminados los discursos se restableció la circulacion por el paseo de Santa Engracia, Plaza de la Constitucion y Coso, y fuimos llevados los representantes de la prensa á la fonda de las Cuatro Naciones y el Universo, que con llamarse del Universo, no sé por qué se ha de llamar tambien de las Cuatro Naciones, á no ser que el dueño de la fonda crea que además del universo existen cuatro naciones independientes del mundo. Yo le dispensaria de buen grado lo hiperbólico del título de su fonda, si á mi llegada me hubiese presentado un cocido digno de la ocasion y de mí, pero el cocido de las Cuatro Naciones y el Universo me puso de un humor de mil demonios, y cuando hube comido lo demás sin saber lo que era, porque ya nada queria saber mi dignidad ofendida por aquel cocido borbónico, me eché á la calle como un solo hombre y fui á ver la iluminacion y los fuegos artificiales.

Los zaragozanos habian echado el resto. La Plaza de la Constitucion, la de la Seo, la del Pilar, el paseo de Santa Engracia, el Coso, rebosaban luz y entusiasmo. Todo el mundo estaba en la calle y ningun escero, ningun desman turbó un momento el unánime regocijo. Los fuegos artificiales causaban gran impresion en la buena gente del pueblo, y cada árbol de pólvora que chisporroteaba y lanzaba lucécitas de colores provocaba una exclamacion de sublime sorpresa.

A las doce me retiré á las Cuatro Naciones y el Universo, y dormi hasta las seis de la mañana, y tuve el gusto de ver en sueño á Orovio y á Gonzalez Brabo que estaban disputando sobre cuál de los dos habia hecho mas desatinos, y discutiendo despues la manera de adherirse al alzamiento.

A las siete de la mañana ya estaba yo en la santa iglesia del Pilar, ganoso de visitar á la Reina de Zaragoza y del mundo entero, y ya estaba llena la iglesia de gente del país, cuya adoracion á la Santísima Virgen del Pilar es proverbial, y cuya fé no podrán entibiar jamás todas las libertades de cultos por más que los neos se asusten.

Serrano, Topete, todos los hombres de la revolucion que se hallaban en Zaragoza, fueron á postrarse ante la sagrada imagen del Pilar, demostrando así que no son en materias religiosas lo que se les querrá suponer, con dañada intencion, por gentes interesadas en desprestigiar á los vencedores.

Fuimos luego á la Exposicion, y aunque de ella he de hablar en otros artículos especiales, no quiero dejar pasar la ocasion sin dar un viva entusiasta á la provincia de Zaragoza y á la de Huesca. En una y en otra se rinde culto verdadero al trabajo, y se busca el bienestar y la riqueza por ese camino, el mas seguro y el mas patriótico y digno. Parece imposible que en tan corto tiempo haya podido hacerse aquel magnífico edificio de la Exposicion, y reunir y arreglar con tanto orden tan gran número de objetos. Zaragoza ha dado con la Exposicion un paso muy importante en pró de la regeneracion de España, y su ejemplo no será estéril seguramente.

El gobierno está en el caso de honrar y premiar la noble iniciativa de los zaragozanos; importa mucho estimular á la industria y al trabajo, aficionar á los españoles á las artes y á la agricultura, porque además de consistir en eso la riqueza del país, acaso de ese modo se podrá ir desterrando de la sociedad española el feo vicio de la empleomanía, vicio cuyas consecuencias se tocan, lo mismo ayer que habia un gobierno opresor, tiránico y anti-patriótico, que hoy que nos rige un gobierno revolucionario, expansivo y popular.

¡Ay de España, si no cesa el vicio de la empleomanía. Despues de destruir toda su riqueza, despues de empobrecerla y envilecerla, nos comeremos unos á otros, y serán vanos todos los esfuerzos que se hagan por los buenos patricios en favor de esta sufrida nacion!

Como el día estaba lluvioso, no pudimos ir á visitar Buena Vista y Torrero y otros magníficos sitios de los alrededores de Zaragoza, que aunque los he visto muchas veces, siempre esperimento viéndolos grata sorpresa y verdadera admiracion.

A las seis nos dió el Sr. Fortis, dueño de las Cuatro Naciones y el Universo, una comida muy esmerada y bien servida, y por la parte que me tocó le doy las mas expresivas gracias, á pesar de que aquellas autoridades populares se la habrán pagado espléndidamente, por lo que me parece mas oportuno dar las gracias á las dignísimas personas de la Junta, y quitárselas al dueño de las Cuatro Naciones y el Universo.

La funcion en el teatro con que terminó la fiesta dispuesta por la Junta en honor de los hombres de la revolucion y de la prensa fué brillante. Las actrices y los actores leyeron varias poesias improvisadas por los periodistas expedicionarios, y por los de Zaragoza, entre las cuales merecen especial mencion las de Cavero y Tello Amondareyn, otras aragonesas, y las de Alarcon, Palacio, Inza, Saco y la mia (esta por ser la peor de todas). Todos fuimos llamados á la escena, y todos salimos, no porque las poesias improvisadas nos hicieran dignos de tal distincion, sino por corre-ponder cortosamente á la galanteria del público zaragozano, y tener el gusto y el honor de saludarle.

Y terminada la funcion del teatro corrimos, es decir, no corrimos, porque íbamos en coche, á la estacion del ferro-carril y nos acomodamos en los wagones, y allí dormimos todos tan descuidados hasta que en Guadalajara nos despertaren por la mañana los tambores y cornetas y las aclamaciones que la multitud entusiasmada, y ganosa de ver al vencedor de Alcolea y al marino que, surto en la bahía de Cádiz, como dijo en una proclama un Gobernador moderado en todo menos en el escribir, inició el alzamiento.

Allí se almorzó, y allí hablaron otra vez Serrano, que brindó por la prensa (Dios se lo pague, él fué el único que se acordó de nosotros), Topete, que arrancó grandes aplausos por su lenguaje franco y leal, el señor Martos, de quien nada hay que decir porque todo el mundo sabe lo bien que habla el célebre demó-

crata, y el popular Olózaga, que, de regreso en su patria, conmovió con su fácil palabra, y su elevacion de ideas á todos los presentes. Yo tambien hablé... con un amigo que estaba á mi lado, elogiando como lo merecian á cuantos habian dirigido la palabra al ilustrado concurso, y deseando que Dios ilumine á los que pueden hoy con patriotismo, con inteligencia, y con energia hacer la felicidad de España y librarla de caer en las tinieblas del despotismo ó en los horrores de la anarquía. Esto es lo que desean sin duda los hombres del gobierno, y la prensa tiene el deber de apoyar á este gobierno franca y desinteresadamente, no aplaudiendo todo lo que haga bueno ó malo, sino advirtiéndole lo conveniente y lo inconveniente, lo justo y lo injusto, lo bueno y lo malo, en fin.

Hoy tiene la prensa grandísima importancia. Si la prensa estravía la opinion, si aplaude ciegamente ó censura por sistema y ciegamente tambien, si adula al pueblo y no le enseña, si un día y otro no encarece las ventajas del trabajo, si no anatematiza constantemente los malos instintos, el espíritu de venganza, el indiferentismo, el afan de empleos y el desorden, las amenazas y la holgazanería, todo será en vano; España no se regenerará, y la prensa se desacreditará por no haber sabido hacer buen uso de la libertad.

Pero no hay que desesperar; la prensa dejará bien puesto su pabellon, y tendrá la gloria de haber contribuido á que España llegue á ser en la paz ejemplo de las naciones, como lo ha sido en los momentos de la revolucion.

Y con decir á Vds. que llegamos á Madrid á las doce, y que desde la estacion hasta la calle de las Hileras no me sucedió nada de particular, ni encontré quien me diera un ¡viva! siquiera, me despido de Vds. hasta el próximo domingo.

¡ECONOMIAS! ¡ECONOMIAS! ¡ECONOMIAS!

Dos mil cuatrocientos millones de déficit hay, segun dicen los órganos autorizados de la prensa.

Y no hay mas remedio que procurar que no haya tal déficit. Para esto hay varios remedios.

El primero es que durante unos dias llueva dinero, como llovió maná en otro tiempo, y se recoja en espuelas, con la vigilancia de los voluntarios de la libertad ó de las tropas del ejército, para evitar que salgan aficionadcs ociosos á recoger ese lodo de las calles, ó envíe una cuadrilla al efecto algun Presidente immoderado de alguno de los pasados (por ojo) gobiernos moderados.

Como este milagro no se verificará, hay que buscar otro remedio.

Este es el mas usado por todos los gobiernos; consiste en sacar dinero al contribuyente; pero ahora non possumus; los contribuyentes no pueden dar mas dinero, porque en diez ó doce años han sudado el quilo para dar todo lo que se les ha pedido, y ya no pueden sudar mas.

Pudiera haber otro remedio; que el rey que se eligiera, si es que el país quiere tener rey, nos trajera en dote esos cuartos para vivir luego desahogado al frente de este país, que se lo agradecería mucho y le tocara la marcha real siempre que se presentase en público, y aun yo le haria unos versos felicitándole por semejante acto, y hasta propondria que los 2.400 millones le fueran devueltos religiosamente, entregándole un duro cada semana, con lo que en unos cuantos siglos se reintegrarian él y sus nietos de aquella suma.

Pero no vendrá aquí rey con tanto dinero, porque hace tiempo que los reyes han empezado á venir á menos, y al paso que van, no será extraño que el mejor día vea yo llegar á mi casa á un rey, solicitando una plaza de repartidor de EL CASCABEL.

No queda pues otro recurso que hacer economías, economías y mas economías.

Con 600 millones de economías cada año en el Presupuesto, se cubre en cuatro años el déficit de 2.400.

Para hacer economías hay que reducir el ejército, enviando á sus casas á gran número de soldados, sin perjuicio de llamarlos, si estallase una guerra.

Hay que suprimir la mitad de los empleos públicos; el trabajo que hoy hacen dos emplea los que tienen entre los dos 32.000 reales por ejemplo, lo puede hacer uno solo que tenga 20.000 rs. y se ahorran 12. Aplicando este sistema á todas las oficinas del Estado en Madrid, en las provincias y en las Antillas, se obtendría una economía de muchísimo dinero.

No se necesitan direcciones en los ministerios. Con un jefe inteligente en cada ramo, que tenga 30.000 rs. de sueldo, y un auxiliar y tres ó cuatro escribientes, se puede hacer todo, y todo lo pueden resolver los ministros de quienes dependen los diversos ramos de la pública Administración.

Para los empleos de 30.000 arriba, deben suprimirse las cesantías.

De este modo el empleado de ese sueldo en vez de gastar en lujo lo que le sobre de aquel, lo ahorrará y se irá haciendo una renta para cuando ya no pueda servir.

Solamente debe tener derecho á cesantía despues de servir muchos años, aquel empleado que ha gozado poco sueldo, y no ha podido ahorrar un ochavo.

Para hacer esta importante reforma, era preciso declarar inamovibles todos los destinos, excepto los de gobernadores y de ministros, no pudiendo ser separado ningun funcionario sino por formación de causa y condena del tribunal.

Los ministros no deben tener cesantía.

Al salir del ministerio se les puede, si se han portado bien, y se prueba, dar una gratificación que no baje de dos pesetas ni esceda de doce mil duros.

Para obtener este máximun habian de haber desempeñado el cargo cinco años seguidos.

No habria, por tanto, necesidad de dar esa gratificación á ninguno, y si alguna vez habia que darla, seria á un ministro digno de una estatua.

De manera que siendo las economías el único recurso que tenemos para no tener deudas, y para levantarnos del estado á que nos han traído los despilfarros de los gobiernos y el afán inmoderado de los españoles de comer del presupuesto, es preciso que los actuales ministros las emprendan con mano fuerte, sobre todo en los destinos de mas de 20.000 reales.

Todo el mundo sabe que los empleados que mas trabajan son los que tienen menos sueldo. Los empleos de 30, 40 y 60.000 reales son unas prebendas que se han dado siempre á los hombres políticos para tenerlos contentos y que no hagan la oposicion.

El nuevo gobierno debe tener contento al país, y el país no lo constituyen precisamente los que disfrutan esos grandes sueldos en pago de su devoción á este ó al otro gobierno, sino los contribuyentes que pagan todas esas gangas.

Ahora es ocasion de levantar al país de su postracion, ahora es ocasion de dar á cada cual su merecido.

Hay que hacer por el comercio, por la agricultura y por la industria y por las artes, es decir, por los que producen mas que por los que consumen.

Bastante consumidos nos han dejado los gobiernos de que no quiero acordarme.

Si en esta ocasion no se hace la felicidad de España, no envío á los que manejan la cosa pública. Su fiasco seria tan completo como lo seria el de una comedia, cuyo primer acto fuese tan sublime como *La vida es sueño*, y el último tan grotesco como *Entre mi mujer y el negro*.

EL DEPARTAMENTO DE LOCOS DEL HOSPITAL GENERAL

Y LOS BIENES DE LA CORONA.

Con aplauso de la nacion consagran los hombres que felizmente nos rigen muy solícitos cuidados á la vida del espíritu: prueba de ello la libertad de enseñanza y de imprenta, caudalosos manantiales de nutricion para el entendimiento, recientemente proclamados por las juntas revolucionarias de todas las provincias. Con la libre emision de ideas y afectos consecuente á la promulgacion de estos derechos, se estenderá la ilustracion á todas las clases sociales y cundirá la moralidad su hermana gemela: mas per desgracia, la razon padece sus dolencias y entonces no le bastan el goce de esos derechos, necesita de otros cuidados que no dudo la prestará el gobierno actual; pues que si preferente atencion merece el entendimiento en el estado sano, mucho mas en el enfermo.

Reconocida universalmente la necesidad de trasladar al loco á un hospital especial, donde se le cure de su enfermedad y se le aisle al propio tiempo por ser ocasionada á desgracias su estancia en la sociedad y ejercer esta sobre él funesto influjo, el Estado tiene el sagrado deber de levantar manicomios, pues que el particular no lo hace. España carece de casas de Orates convenientemente construidas y montadas, y una vez iniciado el gobierno de la nacion en el camino de reformas que atañen á la vida del espíritu, no debe detenerse en lo referente á su estado sano, debe proseguir hasta comprender el estado enfermo; otra cosa seria no terminar la obra emprendida, ó dejarla manca, abandonar la razon en uno de sus accidentes, en la enfermedad, en la desgracia, cuando mas necesita de su paternal tutela, y si España se resiente de esta grave falta, Madrid mas que ninguna de sus ciudades, vergüenza dá decirlo, pero es preciso levantar el vendaje y mostrar la llaga para aplicarla eficaz y pronto remedio; Madrid no tiene mas manicomio hoy que un sótano de su espacioso Hospital general dos salas mezquinas, lóbregas y de escasa ventilacion, donde se encierran al año mas de cien enfermas y constantemente de 50 á 56; ¡qué enfermos! los mas desgraciados, los que han perdido la razon.

El ánimo se estremece al considerar que una escalera descendente y dos largos corredores bajos, oscuros y húmedos, conducen á la mansion de estos desventurados. En cualquier país del mundo tienen las fieras mejor habitacion que nuestros enfermos en Madrid, y establos hay en la propia villa que envidiarían los pobres locos.

Parecerán exageradas mis aseveraciones á los que lean este breve artículo, pero no á los que hayan visitado el departamen-

to de locos referido, y entre ellos hay algunos periodistas que fueron á ver á su infortunado amigo D. Javier Ramirez: digan si ante el aspecto inquisitorial del precitado departamento no dudaron cuál seria la mayor desgracia de su malaventurado amigo, si el haberse vuelto loco ó el tener que vivir en aquellos calabozos. No me ocupo por primera vez de las condiciones insalubres de dichas salas, ni soy el primero que ha solicitado de la superioridad la traslacion de los dementes á otro edificio; mi sabio y celoso decano lo ha hecho diferentes veces, y si hoy insisto en mi demanda, es porque la ocasion me brinda á ello y he jurado no perderla.

Incautado el Estado de los bienes pertenecientes á la Corona hundida, dispone en la Casa de Campo, Florida, Retiro, etc., de edificios que debieran habilitarse provisionalmente para manicomio: ¡y qué destino pudiera dárseles mas grato al pueblo, mas honroso para los gobernantes y mas en armonia con el espíritu de la revolucion! Hé dicho provisionalmente, porque de seguir en el poder los hombres que hoy le ocupan, y seguirán, porque des cansan sobre la sólida base de la soberanía nacional, y no de la fuerza deleznable, un dia llegará en que se exija un grandioso manicomio nacional, digno ramata de la mas levantada revolucion que ha experimentado nuestra infortunada patria.—J. M. ESCUERO, médico del Hospital general, encargado del departamento de dementes.

EMILIA.

CUENTO.

I.

(Continuacion.)

Mi madre estaba muy malita cuando mi padre vino á abrazarla y asegurarla que Dios no la habia abandonado; pero á los tres dias la pobrecita se fué al cielo, y me dejó á mi con mi abuela. Mi padre se volvió otra vez al mar; muy de tarde en tarde le he visto, cuando volvía de sus viajes, y me acuerdo que lloraba mucho, cuando mi abuela le decia que yo era raquítica. Mi abuela me decia siempre: «Reza por tu padre.» «Haz esto por tu padre.» «Sé buena por tu padre.» Y luego, un dia me pusieron esta saya negra, y me dijeron que estábamos de luto, porque mi padre se habia ido con mi madre. Yo estaba muy malita, y mi abuela decia á las vecinas que dejasen venir á sus hijas á jugar conmigo. Y venían y jugaban, saltando y corriendo; y como yo no podia saltar ni correr, me llamaban *tonta y torpe*, y me tiraban lodo á la cara, y se divertían viéndome llorar. «Pero entonces ya estaba en casa Lucero, y él se quedaba conmigo, y me defendía y me daba besos.»

Tal fué poco mas ó menos la relacion que me hizo la pobre niña; y en tanto que ella hablaba con esa inteligencia precoz de la mayor parte de los niños enfermos, consideraba yo el triste destino que la Providencia en sus misteriosos designios reserva á algunas criaturas. La paralítica, ayudada por mi, terminó mas pronto su operacion, á tiempo que apareció la abuela en la orilla opuesta del riachuelo, que su edad y sus naturales achaques no le permitian atravesar seguramente. Emilia le arrojó, cuidadosamente envueltas en un pañuelo blanco, todas las flores que habia recogido; y se disponia á atravesar el rio sobre el robusto lomo de Lucero; pero yo la tomé en mis brazos, y de un salto me planté en la otra orilla con mi preciosa carga, que deposité en la falda de la abuela, que no sabia cómo expresar su gratitud.

Cambiamos algunas palabras, despues de lo que la abuela colocó al perro entre las varas de un carrito, dentro del cual puso á la niña, rodeada de las flores cogidas por una y otra. Me despedí, bien á pesar mio, de aquella extraña familia; y la seguí con la vista hasta que los árboles del bosque me la ocultaron. Al llegar á la entrada del bosque, la niña volvió la cabeza, y me hizo con la mano el postrer saludo.

Mi abuela, como casi todas las señoras de cierta edad, educadas en los mas sanos principios de religion, amaba á los pobres y los visitaba muy frecuentemente. Alejado de ella por la necesidad de emprender mi carrera, cuando me hubiera sido tan halagüeño devolver á su vejez los cuidados que la pobre habia prodigado á mi infancia, debía alegrarme mucho todo lo que me la recordase. Marta tenia la misma edad que mi abuela, las mismas arrugas, y pertenecía además á esa clase de indigentes honrados y trabajadores, que mi abuela me habia enseñado á respetar y á socorrer. No teniendo por aquella época cerca de mí á ninguna de las personas que me son queridas, y esto á los veinte años, cuando la vida rebosa en nuestro corazon, cuando nos es tan necesario como la misma vida amar á otra persona no dudarás que aproveché aquella propia ocasion que se me presentaba de formar una de esas relaciones de amistad, basadas en algunos favores, tan insignificantes para el que los hace, como útiles y provechosos para quien los recibe, y en los que quien da un poco de su dinero y demuestra un poco de cariñoso interés, gana inmensas ventajas; ventajas que no puede apreciar sino quien las toca.

Por mi parte puedo decirte que Marta y su nieta, sin apercibirse ellas mismas, me han hecho mucho, mucho bien. Para un jóven aislado, no hay mejor salvaguardia, si así puede decirse, que el trato frecuente de una ó dos familias pobres que le aman, y á las que puede hablar libremente, entre niños y viejos, de las virtudes de su madre y de su hermana, de los dias de su infancia, de sus ilusiones malogradas de sus amores desgraciados...

Marta vivia en una pobre cabaña á la salida del pueblo. Yo iba á verla ordinariamente á la hora que Emilia volvía de la escuela, porque la pobrecita frecuentaba una escuela gratuita, dirigida por piadosas hermanas de San Vicente de Paul. Complaciamme extraordinariamente en hacerla repetir sus lecciones, admirándome no poco la rara penetracion de aquella inteligencia, así como la afición que demostraba la pobre niña á los estudios religiosos. La fé de aquella alma era tan profunda, y las sanas doctrinas del Evangelio se grababan en ella de tal manera, que

muchas veces ví asomar rutilantes lágrimas á sus hermosos ojos, cuando repetía los sagrados preceptos. ¡Cuántas veces leíamos juntos la página que recuerda cómo trataba Jesucristo á los niños!

—¡Oh! si yo hubiese estado allí, decia Emilia, Lucero se hubiera abierto paso por entre la muchedumbre, y me hubiera llevado para que yo pudiera besar la mano del Salvador.—¿Qué cree V. que hubiera hecho Jesucristo al ver mis muletas?... De fijo me hubiera curado en un momento.

La idea, casi la esperanza de una curacion milagrosa no se apartaba un momento de su imaginacion. Sin embargo, su enfermedad no la entristecia. Esta misma enfermedad le procuraba ciertas prerogativas, ciertos privilegios de proteccion que halagaban al mismo tiempo su amor propio y la bondad de su corazon. Un dia la encontré á la salida de la escuela, rodeada de sus condiscípulas, que se disputaban su brazo. Cerca de la escuela á que asistía la paralítica, habia un colegio, cuyos discipulos esternos, poco conocedores de las costumbres de la galanteria, no perdonaban ocasion de hostilizar á las educandas de las buenas religiosas tirándolas enormes bolas de nieve, y corriéndolas por las calles del pueblo, como no hubieran podido hacerlo con un gato ó un perro. Hacian, sin embargo, los traviesos estudiantes una excepcion en favor de Emilia, permitiéndola pasar tranquila, y gritándose unos á otros:

¡Paso a la jorobada!

Emilia agradecia mucho esta prueba de simpatía, y su abuela no dejaba de hacer mencion de la misma circunstancia ostentando una vanidad muy disculpable por cierto, al notar que solo su nieta se veia libre de las malas artes de los estudiantes traviesos, indisciplinados, y como ella decia, capaces de todo.

Me parece que estoy viendo la modesta habitacion de aquella adorable familia; una cama grande en el fondo, otra mas pequeña á los piés de aquella, en un rincon un arca vieja, pero de una construccion mas que sólida, y en otro un antiguo reloj de pared, con su correspondiente *curo*. Mencionaré tambien una blanda y hermosa mesa de pino, sobre la cual colocaba convenientemente sus flores la vieja para que se secaran; veíanse asimismo tres sillas bastante deterioradas, y otra mesilla sobre la cual se alzaba una Virgen del Carmen, de yeso, que ostentaba en una de sus manos un caprichoso y diminuto ramo de violetas, renovado todos los dias por la jorobada. Y en la pared un lienzo de algun mérito, que representaba la Huida á Egipto. Emilia se pasaba las horas enteras con los ojos fijos en aquel lienzo.

Dispénsame estos detalles; las personas que nos han amado, de quienes hemos recibido saludables ejemplos, cuyo recuerdo, en fin, es como un paréntesis, por decirlo así, de felicidad, esas personas, aunque sean una pobre vendedora de flores y una niña paralítica, embellecen siempre en nuestra memoria los sitios y las épocas en que las hemos conocido. Durante dos años no dejó de ir una vez cada semana á visitar á la pobre familia. Llegué á ser el alma de aquella casa, donde creían deberme algun favor, siendo lo cierto que niagun favor que yo hubiera podido hacer tenia un precio equivalente á la dicha que me proporcionaba aquella pura y desinteresada amistad. La buena Marta se asombraba de que yo le consagrara los momentos que podia emplear mejor, frecuentando las casas de los hacendados del pueblo, que tenian sus reuniones correspondientes, y en las que se cantaba y se bailaba, y se comentaban las noticias de la corte, y se leían periódicos. No podia creer aquella mujer que su cabaña fuese preferible á las reuniones de la clase rica. Yo intenté hacer que cambiase de opinion, pintándole bajo el verdadero punto de vista las relaciones del mundo.

—No confunda V. esas relaciones, decia yo á Marta, con las amistades sinceras que se hacen en el mundo en todas las clases de la sociedad, pero que no se pueden hallar en esas reuniones donde apenas se conocen las gentes, y donde (no) hay otro objeto que pasar el tiempo los convidados, y lucirse y darse importancia los dueños de la casa. Un saludo afectuoso, una sonrisa, una galanteria, un sorbate; he aquí todo lo que se puede esperar en esas reuniones, donde nuestro principal deber, para no descomponer el cuadro, es ocultar cuidadosamente nuestras preocupaciones y nuestros pesares.

Se continuará.

CASCABELES.

La plaza de regente de la imprenta de San Bernardino está vacante.

Si no se dá por oposicion, me voy á enfadar.

En la mayor parte de los periódicos leo este sueltcito insinuante:

«En estos dias repite la prensa que una mano desconocida está socorriendo con largueza en los hospitales de Madrid, Santander y Córdoba, á los heridos é inutilizados en las gloriosas jornadas de Setiembre sin distincion de vencedores y vencidos. Nosotros aplaudiendo tan noble accion, solo nos permitiremos decir, que, segun nuestras noticias, estos socorros proceden de una ilustre familia, expulsada de España por el gobierno anterior, que no podia tolerar ni el sincero amor á las instituciones liberales, ni las virtudes públicas y privadas que resplandecen en las personas á quienes nos referimos.»

No sabemos por qué se oculta el nombre de esa familia. Nosotros, que no tenemos motivo alguno para callar, debemos decir que la familia á la que se alude es, segun todas las señales, la del duque de Montpensier.

Recibimos cartas anónimas en las que se defiende al Sr. Claret y á Sor Patrocinio, y en alguna se nos amenaza porque hemos censurado la conducta de aquellos personajes.

Todo eso nos tiene sin cuidado.

El señor Claret ha podido hacer mucho bien y no lo ha hecho; ha podido aconsejar bien á los que fueron reyes de España y les ha aconsejado mal. La monja no merece consideracion alguna, porque no podemos guardarla á una monja, castigada por los tribunales, y que salia y entraba y viajaba y en todo se ocupaba menos en sus deberes de religiosa.

Estos dias hemos oido la especie de que si el pais se declara en las Constituyentes por la forma monárquica, se elijirá un rey interino hasta que se establezca la república.

Pues señor, no es mal destino, y voy á dar algun paso, para que si llega el caso, me nombren rey interino.

Dicen que se van á suprimir las órdenes militares. Es cosa que me tiene sin cuidado.

Siempre me han parecido poco útiles todos esos hábitos. Con uno franciscano para estar un dia de cuerpo presente, ya no necesita un hombre mas hábitos.

¡Ah! ¡sí! necesita mientras vive tener el mejor de los hábitos, es decir, el de la honradez y el trabajo.

Si porquese ha hecho la revolucion se cree que no ha de haber policia urbana, ni decencia, ni limpieza en las calles de Madrid, paréceme que el Ayuntamiento está en el caso de hacer ver lo contrario.

Las calles de Madrid están sucias, se estorba de todos modos á los transeuntes, y cada cual hace lo que quiere.

Con que, ojo, y no se diga que Madrid es una zahurda.

Dicese por un periódico que en Castellon la revolucion se ha reducido á un asalto al Presupuesto.

No se debe estrañar esto, porque en España es la cosa mas codiciada y sabrosa la breva del Presupuesto.

En el café Imperial ha perdido el sábado por la noche un vendedor de periódicos dos billetes enteros de la próxima lotería.

En nombre de una desgraciada familia, suplicamos la devolucion de los billetes á Cándido A. Domínguez, vendedor de periódicos en el café Imperial, quien dará una gratificacion.

El nuevo vice-presidente de estadística ha renunciado el sueldo que le corresponde.

Esto se llama ser buen liberal.

La Correspondencia anuncia la venta de un uniforme de gobernador civil.

Me parece á mí que todos los españoles mayores de 25 años, debían hacerse uniforme de gobernador, porque á juzgar por el movimiento de gobernadores que ha habido en España en treinta años, y suponiendo que siga en la misma proporcion, dentro de algunos años, habrá pocos españoles que no hayan necesitado el uniforme.

Por supuesto que yo suprimiria todo uniforme para los cargos que no son militares, empezando por los de los ministros. Con una cinta ó una medalla bastaba.

Los militares deben tener uniforme, pero los paisanos se pueden pasar perfectamente sin él.

El uniforme es, sin embargo, una cosa que hace felices á muchos señores.

Cada cual tiene sus gustos.

Dicese que al general Dulce se le ha ofrecido título de duque y que no lo acepta.

Y hace bien.

¿Por qué no se suprime el Consejo de Estado?... Ahora se necesitan menos consejos y mas dinero.

En Variedades ha obtenido un gran éxito la tragedia *Olelo*, escrita por el señor Retes.

Lástima que se haya representado en época en que el público asista en corto número á los teatros.

Tambien ha obtenido buen éxito en la Zarzuela el drama *El collar de Lescot*, escrito discretisimamente por el señor Hurtado.

Ha caido sobre nosotros una nube de versos á los generales y á la revolucion, y á la democracia y á infinitas cosas mas.

Para insertarlos todos seria preciso que EL CASCABEL fuese del tamaño de una sábana de cama de matrimonio.

Además, algunos son tan malos que ni en tiempo de libertad se les puede conceder.

De modo que no insertamos composicion alguna, y es lo mejor.

El autor de la *Llave de oro*, comenzaba así un oficio, dirigido á un señor sacerdote:

«Yo y la reina hemos determinado...»

¿Tendria literatura el señor Claret?...

Pero ¿qué hay que estrañar de quien un dia, en medio de un sermón, cantó aquello de

¡Ay! ¡mamá! ¡qué noche aquella!...

¿Y otra vez se atrevió á decir bravamente que la Santisima Virgen no tenia desperdicio?...

¿Se puede dar mayor disparate?

La elevacion del Sr. Claret á los altos puestos que ocupaba era censurada por todo el clero español ilustrado.

El Pueblo Soberano de Málaga afirma en un enérgico artículo dirigido á *El Diario Español* que no es cierta la confiscacion de bienes de particulares en aquella provincia.

Lo celebramos mucho y queda aquella Junta en el buen lugar que la corresponde.

Han sido premiados justamente con destinos del Estado varios redactores de *La Iberia*, *El Imparcial*, *Las Novedades*, *La Política*, *La Nación*, *El Diario Español*, *Gil Blas*, y no sabemos si de algun otro periódico.

Felicitemos á todos los agraciados.

Hemos recibido el tomo primero de la HISTORIA DE LA GUERRA CIVIL Y DE LOS PARTIDOS LIBERAL Y CARLISTA, segunda edicion refundida y aumentada con la Historia de la Regencia de Espartero, por D. Antonio Pirala, y en las 668 páginas, además de las 18 del discurso preliminar, trata desde la creacion de la Regencia de Urgel en 1821 hasta la dimision de Zumalacárregui y entrada de D. Carlos en Vergara, en Junio de 1835. Las nuevas é importantes noticias que se dan sobre la insurreccion en Cataluña en 1827, que fué el preliminar de la guerra civil, los documentos que ven la luz pública por primera vez, y la narracion de acciones y sucesos, desfiguradas unas y desconocidos otros, evidencian la multitud de preciosos documentos que posee el autor, y dan el sello de la verdad á una obra de suyo difícil por tratarse de hechos coetáneos, si bien puede servir de mucho el vivir los autores de algunos acontecimientos á quienes ha podido consultar, y pueden atestiguar á la vez la veracidad de lo que se espone. No de otra manera podian consignarse hechos que han permanecido ocultos, á pesar de su gravedad, y se da la clave de otros cuyas consecuencias se habian experimentado, ignorándose las causas.

Ofrecen tambien grande interés las noticias que se dan sobre la Administracion carlista y la política de aquel campo y del gobierno liberal, pues desde el notable acto diplomático de Cea en el momento de espirar Fernando VII, acto que dió tan rudo golpe á la causa de D. Carlos, hasta la historia de la sociedad secreta *La Isabelina*, narra el Sr. Pirala todo lo sucedido en la Administracion pública, y con notables revelaciones, sin olvidar las intrigas y miserias que abundaban en uno y otro campo.

Como comprobantes, y además de los documentos que van en el texto del libro, se insertan al fin 74, y un apéndice dignos todos de especial estudio.

Adornan este tomo los retratos de D. Carlos, de su primera mujer, que tanto influyó, y el de Zumalacárregui, y los planos de las acciones de Mayals, de Mendaza y puente de Arquijas, esmeradamente grabados; y aunque no llevan firma, se conoce están hechos por mano maestra y facultativa.

En los tiempos que alcanzamos, emprender una publicacion de la magnitud de la que nos ocupa, es empresa; por lo que tenemos especial gusto en alentar á su autor y llamar la atencion del público hácia una obra que á todos interesa, pues como dice muy bien el Sr. Pirala, todos tenemos parte, mas ó menos directamente, en las glorias y miserias de nuestra patria.

Hé aqui una noticia que vale mas que todos los nombramientos y postulaciones de destinos que llenan en estos dias las columnas de todos los periódicos:

«El Sr. D. Manuel Becerra, de regreso en España, abre de nuevo desde 1.º de Noviembre la academia de matemáticas que tenia establecida en esta corte.»

En el número último de EL CASCABEL apareció, hallándose ausente en Zaragoza el director de este periódico, una carta que contenia una relacion de los iglesias derribadas en Madrid, y algunas apreciaciones del autor de la carta.

Conste que nuestra intencion era publicar solo como una noticia curiosa la lista de las iglesias suprimidas, y que la carta debió insertarse, si acaso, como comunicado, y no en el centro del periódico.

Decimos esto para evitar ciertas interpretaciones que han llegado á nuestros oidos.

Por lo que convenga, vamos á hacer una declaracion. EL CASCABEL es un periódico independiente que aborrece la reaccion y el fanatismo, como aborrece el desorden y la anarquía, que execraba al pasado gobierno porque reinaban la inmoralidad y el favoritismo, y mira con simpatía á los hombres que han librado al pais de aquel odioso gobierno.

Respecto de la dinastía, EL CASCABEL ha dicho lo bastante; la creíamos una calamidad.

En resumen: los hombres dignos y honrados de todos los partidos, tienen en EL CASCABEL un amigo; los aventureros y los inconsecuentes y los viciosos, un adversario declarado.

¡Hombre! porque se haya hecho la revolucion, no me parece que es justo que los coches se agolpen á las puertas de los teatros, al mismo tiempo todos, sin orden ninguno, y con peligro de las personas que entran ó salen á pié.

Tampoco me parece justo que vuelvan á estar algunos sitios convertidos en muladares, ni que se ponga cada cual á estorbar donde le parezca, porque ni esta es la libertad, ni semejante libertad le puede gustar al vecindario.

En un teatro de Cádiz se representa un drama titulado *Robespierre y Luis XVI ó la guillotina en 93*.

¡Aprieta, manco!

Con la libertad sale á luz mucho bueno, no hay duda, pero tambien sale mucho malo.

Váyase lo uno por lo otro. Sin libertad no sale mas que lo malo.

Parece que la loteria no se suprime. Verdaderamente, á mí no me estorba, porque el que no juega no pierde mucho que se diga, pero como se hablaba antes tanto de la inmoralidad de la loteria...

Sabemos que el hijo de la desgraciada doña Mariana Pineda, que ha servido en Fomento y se encuentra cesante desde 1856, se ha presentado al Sr. Ministro del ramo pidiéndole colocacion. No dudamos un momento que el Sr. Zorrilla se la dará, pues además de hacer un acto de justicia, economizará al Tesoro los 3.000 rs. de pension que le concedieron las Cortes.

Todos van echando á volar el nombre del rey que les parece mas bonito para España.

A mí me parece, salvo mejor parecer, que se debe sacar la plaza á oposicion. Un dia de estos publicaré las bases de esta oposicion y los ejercicios á que se debia someter á los pretendientes.

El Sr. Miralles Salabert nos ha remitido un proyecto de *Constitucion*, que está escrito con patriotismo y con talento. Recomendamos su lectura.

A D. R. y C. debemos decir que nos agradan sus composiciones y que insertaremos algunas.

Un suscriptor nuestro nos dice que los carniceros abastecedores no pudieron antes bajar el precio de la carne, en razon á que hasta aparecer el decreto de abolicion de los consumos han pagado los derechos, con gran perjuicio, por estar el vecindario, en parte, surtiéndose de la que se vendia en las afueras de Madrid.

Ahora, como era de esperar, va bajando el precio de la carne. Damos la enhorabuena á los carniceros y á los carnívoros que se la compran.

COMUNICADO.

Sr. Director de EL CASCABEL:

Muy Sr. mio y de mi mayor respeto: mucho agradeceré á V. se sirva dar cabida en su apreciable periódico á las siguientes líneas:

«Fundador y único propietario del periódico que vino á ser *La Cruzada* y en este redactor y co-propietario desde su principio, en vista de los acontecimientos últimos juzgué necesario para continuar en la Redaccion, que mis compañeros aceptaran la publicacion de un suelto que decia así:

«Como en nuestro sentir caben dentro del Catolicismo todas las formas de gobierno compatibles con los únicos verdaderos principios de santa libertad por él proclamados, *La Cruzada*, cuya principal mision fué, es y será defender el catolicismo en las esferas de la ciencia, de la literatura y del arte, acepta sin reservas la legalidad existente y se complace en hacer público su tributo de admiracion á la nacion española en general y al pueblo madrileño en particular por su moderacion y cordura durante los últimos sucesos.

Al fundarse *La Cruzada* solo á un principio de unidad atendieron sus redactores; al católico: en todo lo demás libres fueron para pensar como tuvieron por conveniente y libres son para continuar pensando como mas oportuno juzguen. Por eso han sometido y someterán sus escritos á la censura eclesiástica, y por eso, libres en todo lo que no sea religioso, cada uno responde de las doctrinas que sustente.

En lo necesario, unidad; en lo dudoso, libertad; en todo caridad, fué nuestro lema y es y será nuestra invariable divisa.

Decir despues de esto que estamos dispuestos á defender la causa católica con todas nuestras fuerzas y dispuestos á combatir rudamente cuanto directa ó indirectamente se le oponga, es de todo punto inútil. Nada mas debemos decir, y nada mas decimos.»

Tres de los actuales redactores de *La Cruzada*, que del 6 al 8 del corriente, cuando presente la cuestion, se hallaban en Madrid, rechazaron la publicacion del suelto, y consiguientemente he salido de la redaccion; mas como el citado periódico al dar la noticia en su número del sábado último no indique la causa, á fin de que conste á los suscritores lo ocurrido, «despues de prevenir á los que fueron compañeros míos, creo de mi deber decirlo.

Reconocido á la bondad de V., queda suyo afectísimo servidor y Capellan Q. B. S. M.,

LIBORIO ACOSTA, Pbro.

Somos, 14 de Octubre de 1868.

OBRAS

D. CARLOS FRONTAURA.

Á 8 RS. TOMO EN MADRID Y 10 PARA PROVINCIAS.

- Caricaturas y Retratos*, un tomo.
- Cosas de Madrid*, un tomo.
- Galería de Matrimonios*, un tomo.
- Viaje cómico á la Exposicion*, un tomo con láminas.
- Romances populares*, un tomo, 4 rs.
- Historias tristes*, 4 rs.
- En Octubre próximo se publicarán *Las Tiendas*, y despues un tomo cada mes.
- En los pedidos por mayor haremos rebaja á los correspondientes.

GEROGLIFICO

recogido por la censura durante el ministerio del señor Gonzalez Brabo.

R reproducimos hoy la magnífica *Circular* dirigida por el ministro de Estado, señor Lorenzana, á los agentes diplomáticos de España en el extranjero.

Este documento, que apareció en la *Gaceta* de ayer, por su forma y por su fondo, es digno de una gran nación y del eminente escritor Sr. Lorenzana, ministro dignísimo de Estado.

MINISTERIO DE ESTADO.

Á LOS AGENTES DIPLOMÁTICOS DE ESPAÑA EN LOS PAISES
EXTRANJEROS
Circular.

Constituido y funcionando ya el Gobierno Provisional, creen los individuos que en nombre de la Soberanía Nacional le componen, que ha llegado el momento de dirigir su voz á las potencias extranjeras, ampliando las explicaciones que contienen los documentos publicados y suscritos en Cádiz por los iniciadores del movimiento, sobre las causas, el carácter y las aspiraciones de la revolución que el país acaba de llevar á feliz término. En la confusa multitud de los sucesos, y en el choque de los intereses encontrados, los fueros de la verdad suelen desconocerse, tergiversarse los hechos y formarse juicios erróneos que importa grandemente rectificar para que la opinión no se extravíe, y para que su fallo descanse sobre el estudio detenido y grave de todas las piezas del proceso. La caída de un monarca y la perpetua desheredación de su descendencia, consumadas á impulso de una revolución que escribe al mismo tiempo en su bandera la declaración de los principios más avanzados del liberalismo moderno, son fenómenos que conviene examinar maduramente, y lecciones que no deben desaprovechar reyes ni pueblos.

La España, bajo la dominación de sus dos últimos monarcas, ofrece por desgracia el desconsolador espectáculo de un pueblo leal y generoso, pródigo de sus tesoros y su sangre, y de príncipes que pagan con negra ingratitud los sacrificios más heroicos; de un pueblo que sin recargar de sus antiguas glorias, no quiere permanecer estacionario, y de soberanos que con perseverancia inquebrantable se obstinan en mantenerle bajo el yugo afrentoso de un régimen caduco; de un pueblo, en fin, que, á pesar de verse incesantemente contrariado en sus deseos, defraudado en sus esperanzas más justas y legítimas, y burlado en las promesas más solemnes, aguarda sin embargo para tomar una resolución suprema á que se colme la medida de las calamidades que le azotan, y de soberanos que se complacen en poner á prueba, por el trascurso de mas de medio siglo, la longanidad y estramada paciencia de sus súbditos, faltando á compromisos, rompiendo pactos y violando juramentos. Si en España no han podido hasta ahora aclimatarse las instituciones, con cuya posesión quita y pacífica se enorgullecen otros pueblos, la culpa ha sido de los que, colocados en el grado más alto de la escala social, han hecho imposible á fuerza de entorpecimientos cautelosos el natural y fecundo desarrollo de los principios liberales.

Examinése imparcialmente la historia del último reinado y se verá que en el oscuro fondo de sus contradicciones y veleidades aparentes, se agita infatigable el pensamiento de impedir que la moderna civilización se arraigue en nuestro suelo y fructifique; y que la unidad de este plan es tal y tan inflexible el principio á que obedece, que su acción se refleja hasta en aquellos delicados movimientos de la vida íntima que por lo especial de su naturaleza parece que debieran regirse por diferentes leyes.

Desorganizar los partidos, gastar sus hombres más notables, oponer un gobierno secreto al ostensible, desvirtuar por medio de combinaciones tenebrosas la eficacia de las medidas más saludables, si revelaban una tendencia liberal; doblarse ante la fuerza superior de los sucesos, á reserva de recobrar con creces y en un momento dado el terreno perdido; desconcertar y fatigar hasta alejarlos los corazones rectos para reclutar cómplices, y procurarse instrumentos similares en los residuos de que por interés y dignidad se habían ido sucesivamente desprendiendo todas las agrupaciones políticas; explotar y dejarse calculadamente explotar á su vez por los mañosos beneficiadores de la especulación religiosa; llevar hasta el delirio, como lo ha demostrado la experiencia de los dos años últimos, la pasión de lo arbitrario y el odio inextinguible á toda regla de moderación y de prudencia; intentar con porfía que el incendio de una guerra intestina marcara el infame remate de su dominación como había iluminado con sus siniestros resplandores el principio; tal es la noble y generosa empresa á cuyo logro la situación que el soplo popular ha derrocado había consagrado sistemáticamente y sin escrúpulos durante un cuarto de siglo los inmensos recursos que proporciona la posesión de la Soberanía.

La más alta personificación del poder público se hallaba además rodeada de influencias de diversa índole, destinadas las unas á mantener vivo el espíritu del retroceso, y encargadas las otras de fines completamente extraños á la política, y sobre los cuales altas consideraciones de respeto imponen un significativo silencio. Silencio que comprenderán y aplaudirán seguramente cuantos no pretendan confundir en una común responsabilidad y en la severidad de un mismo fallo instituciones de gran importancia en la historia, y á las que reserva el porvenir altos destinos, y alguna que otra lamentable, aunque transitoria, representación de esas instituciones que, regeneradas hoy en el espíritu moderno, continúan siendo todavía la forma aceptada ó elegida por todas las revoluciones del continente europeo.

El país veía además el enorme desnivel que se operaba entre la fortuna pública, pasando por una serie incesante de fuertes y no interrumpidas depresiones, y ciertas fortunas privadas, cuya elevación portentosa y rápida, iba exclusivamente unida al desempeño de las funciones del Estado; con la circunstancia dolorosa de que este triste fenómeno no se presentaba aislado ó contenido dentro de límites estrechos, sino que, por efecto de una especie de profunda repercusión moral, iba adquiriendo una ubiquidad que le hacía doblemente desastroso. Y no es porque el partido que en España representa el apego sistemático y ciego á la tradición de los antiguos tiempos, careciese de hombres capaces de hermanar el culto que las almas honradas saben rendir á la moral con la más severa aplicación de sus principios, sino porque entre esos hombres y el poder el sentimiento de la dignidad propia había labrado un insondable abismo, había creado antagonismos irresolubles.

El trono, pues, hacia tiempo que debía considerarse desierto, y privada la monarquía de su manifestación, por decir así, exterior y sensible. La persona á quien el gran partido liberal de España, sin distinción de agrupaciones ni matices, había escogido como símbolo y emblema de sus aspiraciones, dejó de ser una fuerza viva en el organismo político de la Nación, desde el punto y hora en que, infiel á sus sagrados juramentos, rompió el pacto que, escrito y sellado con la sangre más generosa y pura, era el título verdaderamente irrefragable de su poder supremo. Una obstinación que sorprende, por lo desacordada é invencible, en seguir el camino que conducía derechamente al precipicio, fué sucesivamente despojándola de los más esenciales y preciosos atributos de la Soberanía. Había depuesto la *majestad* y con ella el derecho á la veneración que la sociedad debe al depositario de la autoridad suprema. Había dejado también de ser *augusta*, y por lo mismo la prerogativa de la irresponsabilidad, perdiendo su significación constitucional en el sentido real de la palabra, quedaba reducida á una mera ficción, á una fórmula instantánea y vana. Solo así se explica lo rápido de la catástrofe y el vivo sentimiento de satisfacción y la glacial indiferencia con que fué universalmente recibida.

El pueblo español, adocenado por amargas enseñanzas y plenamente convencido de que sobre arrepentimientos forzados y enmiendas simuladas no era dable que pudiera sólidamente levantarse el edificio de la prosperidad y de la libertad de la Nación, hizo un supremo esfuerzo para desembarazarse del elemento constantemente perturbador que llevaba dentro de su seno, y como Europa ha visto, lo feliz del éxito ha correspondido á la generosidad de la resolución comedita y á la nobleza de los medios empleados.

Se dispuso el fantasma de la *media legitimidad*, que era el principio á que desde la muerte del penúltimo monarca venía obedeciendo siempre las diversas formas de nuestras combinaciones políticas; y el pueblo español, rompiendo de una vez con la tradición en este punto, retiró definitivamente sus poderes de las manos en que por su mal los había depositado; se erigió en árbitro de su suerte y destinos, y se dispuso con ánimo viril y corazón entero á arrostrar la inmensa responsabilidad que es inherente á la posesión de una libertad que hoy no tiene más límites que los trazados por el buen sentido y la conciencia. El uso hecho hasta ahora de la autonomía que ha reivindicado, la alta y desdenosa magnanimidad con que ha sabido perdonar ofensas sangrientas y la reflexiva aquiescencia que presta á las autoridades nacidas de la fermentación revolucionaria, son una garantía indestructible de que su conducta futura continuará desmintiendo los malignos pronósticos de la ira y del despecho, y deben inspirar la confianza más omnívota en la sabiduría y regularidad con que sabrá levantar y guardar el edificio nuevo, quien tan ordenadamente ha procedido en la demolición y arrasamiento del antiguo.

El pueblo español, dueño hoy de sí mismo, se propone, según lo han manifestado de común y simultáneo acuerdo todas las Juntas populares, ganar el tiempo que lastimosamente le han hecho perder los bastardos intereses de la superstición y la política conjurados en su daño; se propone recorrer con paso acelerado pero firme el camino de la civilización moderna, libre hoy, afortunadamente para él, de los insidiosos obstáculos que hasta aquí paralizaron su marcha y le fatigaron con tenacidad desleal en su carrera. Los que se imaginaron en la embriaguez de su soberbia loca que cerrando sus respiraderos al espíritu le condenaban al bárbaro suplicio de una asfixia segura, estarán al presente sufriendo el más cruel desengaño. La idea se replegó sobre sí misma, acumuló sus fuerzas, y llegado el momento hizo ver que el trabajo íntimo y concentrado del espíritu redobla su energía y hace más formidable la explosión.

Por eso el pueblo, que durante una serie de dilatados años había asistido con indignación á duras penas reprimida al desconsolador espectáculo que ofrecía el exiguó patrimonio de las públicas libertades, dándose con furiosa prodigalidad á cambio de nada ejemplares indulgencias, al sacudir, como hoy lo hace fieramente, su yugo, se emancipa de los últimos vínculos del régimen antiguo y se coloca de un salto, por decirlo así, dentro de los dominios del derecho moderno. Lo que, habiendo seguido su curso acompasado y regular las cosas, se hubiera realizado gradualmente y por transiciones insensibles, la revolución ha tenido que hacer por medio de una profunda y dilatada solución de continuidad en el tejido de nuestra historia contemporánea. La soberanía de la comunidad, de la sociedad, de la Nación, del pueblo, ó como quiera decirse, fuente en todo tiempo, sobreentendida ó declarada, de la autoridad política, adquiere de hoy más y para siempre carta de naturaleza en el suelo de España; y el Sufragio universal, que es la expresión más genuina y amplia de esa soberanía está llamado á demostrar de un modo irrefragable que España no necesita reconciliarse con el espíritu de la época, por la razón sencilla de que ese espíritu es ya el principio de su vida y el tipo ideal de sus aspiraciones.

De antemano, pues, y sin temor de equivocarse, es lícito asegurar que la soberanía de la Nación ejercitada primero por el voto de todos y después por los elegidos del pueblo, decretará el conjunto de libertades que forman ya ó formarán muy en breve el rico é inalienable patrimonio de los países civilizados.

Y al llegar á ese punto, el Gobierno Provisional no puede menos de tocar, con la circunspección y delicadeza que la materia exige, una cuestión de trascendencia suma, la cuestión de la libertad religiosa. Nadie hay que ignore, y el Gobierno tiene una verdadera satisfacción en proclamarlo así, que España ha sido y es una Nación esencial y eminentemente católica. Su historia nos lo enseña: las sangrientas y dilatadas guerras religiosas que sostuvo y el Tribunal de la Inquisición ó Santo Oficio, á cuyo brazo poderoso y temible confió durante algunos siglos el sagrado depósito de sus arraigadas creencias, demuestran claramente que el celo exagerado y el ardor de la fe que no razona, salvaron sin dificultad los límites que dividen la verdadera religión del fanatismo.

Las constituciones de la España moderna, aun las más liberales, rindieron todas escrupulosamente el homenaje de su respeto á esta viva y constante preocupación de nuestra patria; y si alguna vez, como en 1856, se intentó arriesgar tímidamente un paso en dirección opuesta, el efecto causado en los corazones sencillos por el grito que, con una sinceridad más que dudosa, dieron ciertos partidos, vino á probar que la opinión no estaba madura todavía, y que era indispensable aguardar más propicia ocasión para reformar el estado legal de las cosas en asunto tan grave.

Afortunadamente desde entonces han experimentado modificación profunda las ideas, y lo que no hace mucho era considerado como una eventualidad lisonje-

ra, pero solo realizable á largo plazo, vemos hoy que se anuncia como un hecho inmediato, sin que las conciencias se alarmen y sin que una voz discordante venga á turbar el general concierto. Mucho ha contribuido en verdad á este importante resultado el grandioso espectáculo de los insignes triunfos que en todas partes va reportando el espíritu moderno, ante cuya pujanza arrolladora desaparecen los diques más robustos y no hay resistencia tan fuerte que no ceda; pero relativamente á España media además una circunstancia, que es triste pero necesario recordar. Si por aquiescencia ó tolerancia de quienes pudieran evitarlo lo ignoramos, pero ello es que el nombre de la religión ha venido de algún tiempo á esta parte constantemente unido en extraño y poco digno maridaje á los actos más depresivos y arbitrarios en que tan rico ha sido el régimen que acaba de sucumbir con uniforme y entusiasta aplauso.

En la errónea creencia de que un manto sagrado podría servir para ocultar la despacible desnudez de ciertas profanidades, se hizo intervenir en las ardientes luchas de la política lo que jamás debe exponearse al contacto peligroso y con frecuencia impuro de las pasiones mundanales. De aquí, no la tibieza del sentimiento católico, que por dicha se mantiene siempre vivo entre nosotros, sino la opinión universalmente difundida de que la concurrencia en la esfera religiosa suscitada por una prudente libertad es necesaria para suministrar á la ilustrada actividad del clero un pasto digno de ella, y proporcionarle temas de discusión en armonía con lo elevado de su sólida ciencia y con la sagrada respetabilidad de su carácter. Las Juntas populares han manifestado también sobre este punto sus opiniones y deseos; y, aparte de la variedad de fórmulas que en el torbellino de los sucesos no es posible improvisar correctamente ni vaciar en un molde común, el pensamiento fundamental y generador de todas ellas es el mismo; el de que no quedemos rezagados ni solos en el movimiento religioso del mundo. Por tanto, se alzará el entredicho, y desaparecerán de nuestros Códigos, como han desaparecido ya de nuestras costumbres, prevenciones inútiles y sanciones ilusorias. Las diferencias dogmáticas no inducirán como hasta aquí incompatibilidades y exclusiones que rechaza y condena á voz en grito la conciencia de los pueblos libres.

Tales son, expuestas en breves palabras y con leal franqueza, las causas determinantes del radical y glorioso alzamiento que España ha realizado, y el noble fin á que se encaminarán constantemente sus esfuerzos. Lejos de que la honda transformación verificada en nuestra política interior deba excitar alarmas ni recelos en los Estados con los cuales hemos vivido hasta el presente ligados por los vínculos de una amistad no interrumpida y de una paz inalterable, el Gobierno Provisional se lisonjea de que la nueva vida que vivimos dará á nuestras relaciones con las potencias extranjeras un carácter de cordialidad y solidez de que hasta ahora no ha podido desgraciadamente revestirse. Aunque la confesión sea harto dolorosa, y no muy halagüeña, el respeto que la verdad merece nos obliga á reconocer que el régimen bajo el cual hemos gemido, y que hemos resignadamente soportado largos años, no era el más á propósito para granjearnos la estimación y confianza de las demás Naciones. Cuando móviles y pasiones de carácter meramente personal, y cuya calificación nos impide el decoro, son el regulador de la gobernación de un Estado; cuando la política no obedece á leyes ni principios, cuya proclamación se puede hacer sin lastimar profundamente altos y dignos sentimientos, es natural que, de parte de los extraños una fría reserva, muy próxima al desvío, acabe por aislar al pueblo á quien un funesto destino ha colocado en esas condiciones.

La revolución ha venido á redimirnos de situación tan humillante; de hoy más la política española puede revelar á la luz del mundo, con orgullo, cuáles son sus designios y el término final de sus aspiraciones. El reinado de lo inestable y de lo siniestramente misterioso ha concluido, para ser reemplazado por una nueva era, durante la cual sabrá adquirir España el honroso lugar á que la llaman los poderosos elementos con que cuenta y el heroísmo nunca desmentido de sus hijos. Deseamos sí, el concurso moral de los Gobiernos europeos, y veremos gustosos en el reconocimiento del nuevo orden de cosas, una señal de que han comprendido el noble carácter y las saludables tendencias de la revolución, llevada á cabo; mas si por razones que hoy se nos ocultan nos falta desde luego ese concurso; si tarda en ser imitado el noble ejemplo de algunos de nuestros antiguos hermanos de Ultramar y del pueblo insigne, más todavía que por su grandeza y poderío, por el ardiente culto que en todas partes rinde al principio de la emancipación y libertad del hombre, no por eso hemos de desmayar en nuestra empresa.

Nos basta para proseguirla con ardor y sin inquietud ni sobresaltos la plena seguridad que nos anima de que nuestra independencia no ha de sufrir el menoscabo más pequeño, y de que el trabajo de regeneración que hemos acometido no ha de ser perturbado por extrañas intervenciones ó ingerencias. En todo caso, el sufragio universal con que por unanimidad nos favorece la gran familia liberal que puebla el mundo, y los ardientes votos que hacen todos los pechos generosos por la consolidación definitiva y el coronamiento feliz de nuestra obra, serán la sanción más eficaz, solemne y positiva que puedan recibir nuestros esfuerzos.

Después de largos y pacientes sufrimientos, hemos apelado á un recurso de que en todos tiempos, y señaladamente en los actuales, han hecho uso las Naciones: para legitimar *a priori* nuestra revolución, hemos buscado el único criterio cuyas decisiones se consideran hoy inapelables é infalibles, el criterio del sufragio universal; el fin á que aspiramos es el de ponerlos al nivel de los pueblos más adelantados, dejando de ser una chocante y despacible disonancia en el gran concierto de las Naciones libres; tenemos, pues, un derecho perfecto á que se respete inviolablemente la situación que hemos creado, y una justa esperanza de que los Gobiernos que marchan al frente de la civilización europea no rehusarán á la España con honra las pruebas de amistad y confraternidad que otorgaban á un poder que, tras de subyugarnos, nos abatía y humillaba.

De orden del Gobierno Provisional lo pongo en conocimiento de V.... á fin de que, en una entrevista confidencial, dé lectura de este documento y deje copia de él á ese Sr. Ministro de Negocios extranjeros. Dios guarde á V.... muchos años. Madrid 19 de Octubre de 1868.

JUAN ALVAREZ DE LORENZANA.